

de un principado del Imperio contra la constitucion de este y contra los concordatos de la nacion alemana, al nombrar administrador de Munster al principe de Julich.

El duque de Julich decidió, á pesar de la declaracion imperial, cumplir la órden del Papa, apoyado por Alejandro, duque de Parma, y contando con el auxilio de España, porque el de Parma era contrario al proyecto de dar el obispado de Munster al archiduque Matías. Envió, pues, el duque de Julich la órden del Papa relativa á la destitucion y excomunion de Westerholt al cabildo de la catedral de Munster, donde Raesfeld y los suyos se pusieron del lado del Papa como su autoridad suprema, nombraron á uno de los suyos para el puesto de Westerholt en el cabildo y decidieron verificar la nueva eleccion, no dudando que esta vez harian elegir al duque Ernesto, porque por muerte, renuncia y nombramientos nuevos habian disminuido los votos á favor del arzobispo de Bremen y los dos partidos tenian á la sazón igual número de votos; por manera que el partido favorable á la Baviera creía poder ganar el voto que le diera mayoría. Con esta esperanza convocó Raesfeld al cabildo para la nueva eleccion, que debía celebrarse el 26 de abril de 1580. Algunos días antes del fijado llegaron los consejeros del duque de Julich con el encargo de entregar la renuncia de su soberano Juan Guillermo solo en el caso de que estuviera segura la eleccion del duque Ernesto, y en otro caso declarar que el duque Juan Guillermo se ofrecia á encargarse de la administracion del obispado. Esto estaba enteramente conforme con el programa de los miembros antiguos del cabildo.

Los contrarios no se habian dormido, sobre todo el arzobispo Enrique, que pasó de Bremen á la casa de Iburg de Osnabruck, distante solo cinco leguas de Munster, adonde llamó á sus dependientes de Bremen, Osnabruck y Paderborn en gran número. Tambien acudieron Westerholt y muchos miembros del cabildo de Munster del partido jóven. Un embajador de Bremen fué á Arnheim, residencia del conde Juan de Nassau, para pedirle auxilio, y el 24 de abril el arzobispo Enrique, con un séquito imponente de 142 jinetes y los correspondientes infantes, hizo su solemne entrada en Munster en medio de las salvas de artillería y del júbilo de la poblacion. Al día siguiente el canciller de Bremen, Gedeon Engeling, pidió ante el gobierno y los estamentos la anulacion de la eleccion anterior y dijo que, si no

se hacia, el arzobispo su señor, como miembro distinguido del Imperio, se veria obligado á proceder conforme á las resoluciones de los parlamentos del Imperio y de los círculos y conforme á lo dispuesto sobre las ejecuciones.

Hacia la tarde del mismo día (25 abril) entró en la ciudad bajo un nombre supuesto y sin ser conocido Juan de Nassau; y en la mañana del día siguiente, en que debía tener efecto la eleccion, participó á los señores del consejo municipal y del gobierno que habia llegado con encargo de las Provincias Unidas para impedir la eleccion del duque Ernesto y apoyar la del arzobispo Enrique; que los holandeses no consentirian que España pusiera el pié en Munster, y eligiendo al príncipe bávaro seria segura la guerra en el país; que sus tropas estaban cerca, á orillas del Rhin y prontas á apoyar su exigencia; «porque,» añadió, «si vosotros tenéis la puerta, nosotros tenemos la llave.»

Al cundir la voz de la presencia de Juan de Nassau en Munster y de la proximidad de la tropa holandesa, los vecinos echaron mano á las armas, cerraron las puertas, reforzaron las guardias y sacaron la artillería á la plaza.

Insistir en efectuar la nueva eleccion era provocar el estallido de la sublevacion y ya se oían voces de que se queria asaltar la casa de Raesfeld y matarle.

En esta situacion no habia que pensar en continuar la operacion electoral y hasta los mas antiguos del cabildo renunciaron á ella.

Sin embargo, el arzobispo Enrique y el conde de Nassau salieron de la ciudad de Munster, y despues de su partida se presentó en ella el conde de Julich en la noche de 4 de mayo, acompañado de su hijo y de una respetable fuerza armada. Despues de muchas negociaciones, la mayoría del cabildo, que estaba entonces á favor de Baviera, convino en renunciar á la nueva eleccion, y en cambio los capitulares mas jóvenes y los estamentos consintieron en que el duque Juan Guillermo, en atencion á ser el antiguo obispo electo, se encargara de la administracion del obispado con asistencia de los administradores interinos nombrados hasta entonces.

Con esto quedó establecida una interinidad, á la verdad mas favorable al partido católico que al protestante, pues que la administracion del duque de Julich habia de tener por resultado una eleccion definitiva mas bien en favor de Baviera que del arzobispo de Bremen.

LIBRO QUINTO

LA LUCHA POR LA PAZ RELIGIOSA

EL EMPERADOR RODULFO II

La lucha entre el protestantismo y el catolicismo por el episcopado del Noroeste de Alemania no se habia decidido todavía. Esta decision se efectuó solo cuando empezó la lucha de los grandes partidos en el punto mas importante del Imperio y al tomar allí desde el primer instante un sesgo que no dejó ninguna duda sobre el vencedor.

En el parlamento de Regensburg de 1576 habian entrado en colision los partidos contrarios; y la deserccion de la Sajonia electoral, unida hasta entonces con los protestantes, habia causado á éstos la primera derrota gravísima, porque tuvieron que ceder el terreno á sus contrarios ultramontanos. Entonces la lucha encendida casi en el centro del Imperio, léjos de ceder, fué adquiriendo rápidamente mayor violencia para concluir su primer periodo con el derrumbamiento de las bases del Imperio fijadas en el año 1555.

Esta lucha puede considerarse como otra guerra de Treinta años hecha por la paz religiosa, aunque no con la espada como la otra guerra de Treinta años que siguió á la primera.

La primera guerra por la paz religiosa se hizo solo con palabras y no mostró ninguna faz sangrienta; pero no cedió á la otra en ensañamiento y derramó sobre la Alemania un furor de partido y un odio que la penetraron y desmoralizaron hasta en sus profundidades mas recónditas. Los campos feraces del territorio aleman no fueron teatro de combates sangrientos ni resonaron bajo las pisadas de las huestes armadas alemanas y extrangeras; pero la lucha siguió en las salas de las asambleas de las ciudades independientes del Imperio, donde se reunieron los dueños de los territorios alemanes y sus representantes, ó sea la Alemania oficial, á la cual correspondia deliberar y velar sobre el bien de la patria.

La paz religiosa renunció, como ya sabemos, á la tentativa de arreglar la situacion eclesiástica y se limitó á fijar las jurisdicciones de los dos grandes partidos religiosos; pero no lo hizo fijando claramente los derechos de cada uno de los dos partidos, sino adoptando disposiciones vagas y ambiguas. Era solo un compromiso que tuvo la suerte de todos los compromisos: la de durar únicamente mientras duraron las circunstancias que le habian originado y la buena voluntad de los interesados en cumplirla. Tan pronto como cambió la situacion y cesó la necesidad de la inteligencia, perdió este compromiso su importancia fundamental y se hizo objeto de litigio entre los partidos enemigos, entre los cuales se halló á la sazón el romano católico, poco antes amenazado de completa ruina y súbitamente, gracias á la incansable actividad de los jesuitas, en imponente prosperidad con su correspondiente empuje apasionado y agresivo. El partido romano

católico no tenia sus raíces en el bienestar nacional, sino que trabajaba al servicio de una potencia extranjera de la cual recibia su impulso. Este partido representante de los intereses ultramontanos ambicionaba el dominio y ardía en deseos de perseguir implacablemente á sus contrarios. Pero al ponerse á disposicion de la Iglesia romana en su lucha contra los herejes, tuvo la prudencia de no dejarse arrastrar por un celo excesivo é impaciente y de no revelar sus últimos propósitos trabajando sin consideracion en su favor. Muy al contrario se mostró custodio leal de la situacion creada por la paz religiosa é hizo alarde del deber que tenia de rechazar las pretensiones excesivas de sus adversarios religiosos que durante veinte años se habian excedido violando cada vez mas el derecho y la autoridad del Imperio. Estos adversarios habian interpretado hasta entonces á su manera la paz religiosa, sin cuidarse de las disposiciones que no les eran favorables, y el propósito de los miembros ultramontanos del Imperio era por el contrario conseguir una interpretacion oficial de la paz religiosa que fuese exclusivamente favorable á los intereses ultramontanos. Una vez conseguido esto, el partido ultramontano podia dar el golpe decisivo que le convenia, valiéndose de la legalidad y de la justicia del Imperio, para extirpar de una vez lo que habia producido el espíritu nacional en su desarrollo mas vital y moderno.

El éxito de este propósito dependia naturalmente de una multitud de condiciones, entre las cuales se hallaban en primer lugar la actitud de los protestantes y la del emperador. Si los protestantes continuaban firmemente unidos en la defensa de las posiciones que habian ganado, y el emperador seguia manteniéndose en una esfera superior á los partidos, velando únicamente por el bien general, no era de temer el partido ultramontano en Alemania.

Sucedió, sin embargo, lo contrario. Los protestantes no tardaron en apartarse unos de otros; la política de los Habsburgos alemanes habia entrado ya en el reinado de Maximiliano II en otro rumbo, y su sucesor, continuando en la nueva senda que habia emprendido en los últimos años de su vida, permitió al partido ultramontano navegar con todas las velas desplegadas. Rodulfo II sucedió á su padre en el trono aleman á la edad de veinticuatro años y reinó mas de treinta, es decir, el tiempo mas que suficiente para un soberano para imprimir á su imperio el sello de su carácter. Ha habido monarcas que con sus actos levantaron ó arruinaron sus imperios. El reinado de Rodulfo fué funesto para la Alemania por su indecision é inactividad.

Su padre y abuelo se habian apartado de su carácter propiamente habsburgo por rasgos muy germánicos; pero Rodulfo fué el que presentó mas vivamente el sello propiamente habsburgo entre todos los miembros de aquella familia

que reinaron en Alemania en la época de que ahora tratamos. En primer lugar tenía el carácter melancólico español que recordaba á su bisabuela Juana la Loca y á su tío Carlos V, que con su carácter adusto se había retirado al final de su vida á la soledad del claustro y cuyo hijo natural, el marqués Julio, vivió en un estado de demencia que le tenía completamente embrutecido. Tampoco había heredado Ro-

dolfo las cualidades mas agradables de su padre y de su abuelo, porque no tenía ni el carácter alegre y benigno de Fernando ni la afabilidad activa de Maximiliano, sino que en su lugar tenía la indolencia del uno y la indecision y sensibilidad del otro.

Con semejante disposicion hubo de ser forzosamente funesto para Rodolfo que su padre, justamente en los años



Ticho Brahe. Facsímile de un grabado de Jacobo Cheyn (1565-1615)

que son los mas decisivos para la formacion del carácter, le enviara á Madrid, á la corte de su primo Felipe II, donde el jóven príncipe recibió todas las impresiones que mas debían haberse apartado de él y que por lo mismo se infiltraron de una manera invencible en su carácter juvenil. Los jesuitas que estuvieron encargados de su educacion hicieron de él un fanático ultramontano y un mojigato para quien el temor de las penas del infierno, el respeto á la autoridad eclesiástica y las obras materiales de piedad eran poco menos que artículos de fé. Rodolfo creía ganar el perdon y la gracia de Dios cumpliendo con la mayor rigidez los actos de devocion, y en sus años juveniles asistió á las procesiones en los inviernos mas crudos con la cabeza descubierta y un cirio en la mano.

Al mismo tiempo aprendió en la corte de Madrid aquellas formas monárquicas creadas y completadas por Felipe II: el ceremonial rígido, la siniestra é inaccesible soledad, á la vez que la imponente autoridad del soberano. Estas cualidades permanecieron inextinguibles en el carácter de Rodolfo sin que adquiriese por otra parte las buenas cualidades de su tío, á saber, su afan y vigor y su incansable laboriosidad.

Así, cuando se vió en el trono, le repugnaron la actividad de la vida y el trato con los hombres, y orgulloso de su dignidad de soberano, se retiró de la vida pública y de los trabajos para entregarse á una inactividad morbosa. Volvió la espalda á la alegre capital de Viena y se encerró en el palacio de Praga, donde se entregó á los costosos pasatiempos de los particulares opulentos, esclavos de sus pasiones y de

su fantasía, fluctuando entre la sensualidad sobreexcitada y la impotencia enervadora. Era muy instruido y hasta docto. Se interesaba vivamente por las ciencias y las artes en cuyos goces se mostraba insaciable, sobre todo en la astrología y alquimia, que eran las ciencias entonces mas famosas y que tan servilmente se prestaban á la supersticion humana. Nombró á Ticho Brahe director de su observatorio astronómico

y luego á Juan Kleper sucesor suyo en este empleo. Su pasion de coleccionista no conocia límites y se extendia á todo cuanto podia coleccionarse. En su palacio de Praga, que era á la vez ermita y museo, reunió con conocimiento y buen gusto libros, cuadros, monedas, piedras preciosas, antigüedades y curiosidades, adornando al mismo tiempo aquella montaña peñascosa con admirables jardines, porque tambien era inte-



KEPLERVI que nomen habet, cur peccat imago?
Qua tanto errori causa subesse potest?
Scilicet est TERRÆ KEPLERVI regula, CVRSVS:
Per vim hic sculptoris traxerat erro manum.
Terra utinam nunquam currat, semper quiescat:
Quò sic KEPLERVI peccet imago minus.

T. L. L.

Juan Kleper. Facsímile de un grabado de Jacobo van der Heyden (1570-1637)

ligente en jardinería y floricultura. Pasaba horas enteras en sus caballerizas gozando á la vista de sus magníficos caballos sin haber montado jamás ninguno. Para él, en la constante excitacion de sus nervios, era una necesidad la riqueza de todo cuanto le rodeaba, para cuya satisfaccion no retrocedia ante ningun gasto, porque aunque faltara dinero en el tesoro, esperaba sacar oro por medio de la alquimia.

No era extraño que este soberano, físicamente tan delicado y acostumbrado á vivir en una atmósfera de tan refinado lujo y de placeres estéticos de la cual se habia excluido cuidadosamente todo el mundo exterior, viera en su soledad sobreexcitados sus nervios y su disposicion natural transformada en un verdadero estado morboso. Al principio del nuevo siglo, en el cual la confusion del Imperio y de los

Estados hereditarios de la casa de Habsburgo llegó á su mayor desarrollo, se observó en este soberano una decidida demencia que se manifestaba frecuentemente en accesos furiosos por creerse perseguido de conspiradores secretos. Dominado por semejantes alucinaciones se propasó á veces contra las personas que le rodeaban y hasta atentó contra sí propio. Desde aquel momento su vida fué la del enfermo demente que solo podia excitar la compasion y le eximia del juicio de la historia. Nadie era capaz, sin embargo, de fijar el tiempo que Rodolfo estuvo dominado por la enfermedad cuando ésta estalló; pero ya desde el principio se hubiera podido observar en los defectos de su carácter como en la plenitud excesiva de sus dotes cierto rasgo patológico. La indolencia que mostró desde muy temprano se fué con-

virtiendo en verdadera apatía y su irresolución en una vacilación constante. Tan pronto afirmaba como negaba una cosa; tan pronto prometía como faltaba á su promesa, y al dar cualquier paso sentía ya haberlo dado. Durante veinte años osciló de una manera lastimosa sin poderse decidir á casarse con la hija de Felipe II, la infanta Isabel. Este casamiento le halagaba, y sin embargo no tenía fuerzas para realizarlo, y esto fué cuando todavía no había estallado su enfermedad mental. Casi nunca en toda su vida fué consecuente en un plan que hubiera adoptado, y siempre estaba dominado por la indecisión que, cuando no era un síntoma de enfermedad mental, lo era por lo menos de gran debilidad de carácter.

No hay que decir que semejante individuo había de caer forzosamente bajo el poder de personas extrañas, y como era tan grande su suspicacia para todo lo que le parecía herir su autoridad y dignidad de soberano, cayó cada vez mas bajo la influencia de personas de humilde esfera que no tenían otro interés sino el de mantenerse en su favor y explotar esta posición. Hombres de Estado distinguidos como los barones de Rumpf y de Trantson fueron víctimas del súbito capricho del emperador despues de largos años de fiel servicio, mientras los jesuitas, las queridas y los camareros astutos y serviles conservaron su dominio mostrándose solícitos en atender todos sus caprichos.

De cuando en cuando se manifestó en Rodulfo el deseo de mostrarse independiente, sobre todo enfrente de las tendencias de Felipe II y de la liga francesa, y aun á pesar de toda su ortodoxia enfrente del Papa y de la curia. Hay que advertir que Rodulfo II no estuvo de acuerdo por su índole natural ni con la política ultramontana ni con la española, y que tan distante estaba de dejarse llevar á remolque por su primo de Madrid como de poner á la merced del Pontífice los derechos eclesiásticos del soberano. Semejantes intenciones, sin embargo, no significaban nada si no se traducían en hechos; y si este emperador flojo é irresoluto no había sido capaz de proceder con energía y consecuencia cuando gozaba todavía de completa salud, menos capaz fué cuando estuvo dominado por su enfermedad.

Vivió, pues, sin ser amado ni respetado ni temido en aquel tiempo, enemistado con sus parientes mas próximos, dominado por hechuras bajas, y existiendo solo míticamente para su pueblo, al cual se mostró á lo mas una vez á la ventana de su palacio en Praga cuando aquel pueblo se alborotó figurándose que había muerto y que se ocultaba su muerte: todo esto en aquella posición política de mas responsabilidad é importancia, y en época agitada y decisiva. Solteron caprichoso desde un principio, fué luego epicúreo insano, dominado por la aversión á los trabajos de gobierno, y finalmente inepto para todo gobierno. La corona imperial colocada en semejante cabeza había de perder el último resto de su autoridad, y el Imperio en semejante reinado debía ser presa de confusión caótica.

EL PARLAMENTO DE AUGSBURGO DE 1582

Los emperadores de Alemania hasta Rodulfo II se habían dado prisa á reunir poco despues de su elección á los miembros de su Imperio, pero Rodulfo II dejó pasar seis años antes de reunir su primer parlamento, y cuando se resolvió á ello lo hizo no tanto por los desórdenes interiores del Imperio como impulsado por los peligros que amenazaban desde fuera á sus territorios.

Maximiliano en febrero de 1568 había hecho la paz bajo condiciones humillantes con los turcos, que á la sazón se hallaban en el colmo de su poderío. Esta paz, que debía que-

dar vigente durante ocho años, fué mas adelante renovada tres veces, en el reinado de Maximiliano con el sultan Selim, despues de la muerte de éste con su sucesor Amurates III, y finalmente por el nuevo emperador Rodulfo II con el mismo Amurates; pero á pesar de esta paz tantas veces renovada, no cesaron las hostilidades, y el Austria sufrió bajo la doble presión de dependencia tributaria y de las continuas amenazas hostiles el temor permanente de que el joven y arrojado sultan Amurates, á pesar de estar ocupado en una vasta campaña contra la Persia, se valdria de la primera ocasión para emprender de nuevo la lucha contra el Occidente con todo el fanatismo de su odio al mundo cristiano. El peligro era tanto mayor cuanto que concluyó con el año 1582 el impuesto á favor de la guerra contra los turcos, cuyo impuesto había sido concedido á favor del emperador Maximiliano por los magnates alemanes en el parlamento de 1576 y votado tambien por los protestantes á pesar de no haberse satisfecho sus pretensiones.

Con el Imperio alemán nada tenían que ver en el fondo las complicaciones turcas, porque entre la Turquía y la Alemania se hallaba el reino de Hungría que entonces no formaba parte del Imperio alemán y era el objeto inmediato de la ambición turca. Para la Alemania solo amenazaba peligro inmediato y directo el día en que el Imperio turco hubiese llegado á ser su vecino territorial; pero desde que la casa de Habsburgo había entrado en posesión de la corona de Hungría, le correspondía la misión de oponerse á todo nuevo avance de los turcos por el lado de Occidente y de proteger contra ellos tambien á los territorios alemanes vecinos; y como los soberanos Habsburgos de Hungría eran al propio tiempo emperadores de Alemania, tuvieron la pretensión de llamar á su auxilio las fuerzas del Imperio para rechazar el peligro que amenazaba sus territorios particulares. Este peligro amenazaba al mismo tiempo á la cristiandad en general, y esta consideración daba mayor peso á la pretensión de los Habsburgos.

El temor de una nueva guerra turca muy inmediata excitó al emperador á inducir á los potentados del Imperio á prestar nuevos auxilios contra el enemigo hereditario de la cristiandad.

Con este objeto reunió, pues, el emperador á los miembros del Imperio en Augsburgo en julio de 1582.

En la convocatoria nada se decía de los asuntos eclesiásticos, ni tampoco los mencionaban las «proposiciones» que el emperador presentó á la asamblea; pero á pesar de esto hubo que tratar de ellos inmediatamente por interesar ante todo á los miembros del Imperio.

En el último parlamento se había tratado tambien del auxilio contra los turcos, y en el presente caso se observó desde el primer instante que el espíritu ultramontano se presentó mucho mas decidido.

Ya hemos hablado de las diócesis de la Alemania del Norte al Este del Wesser, y hemos visto que una parte de ellas, como las sajonas y las de Brandeburgo, estaban tan íntimamente ligadas á principios protestantes que estos territorios parecían completamente secularizados. Además se hallaban tambien en poder de protestantes otros territorios eclesiásticos. Los cabildos cuyos canónigos eran adeptos en su totalidad ó en su mayoría de la nueva doctrina elegían siempre para superior suyo á adeptos de su misma religión. Este estado de cosas que durante un cuarto de siglo desde la paz religiosa se había consolidado mas y mas, contradecía en opinión de los ultramontanos el artículo de la citada paz que según su interpretación reservaba exclusivamente al dominio católico todos los territorios eclesiásticos dependientes directamente del Imperio. Si los ultramontanos habían tolerado

semejante estado cuando se sentían sin fuerzas para acabar con él, á la sazón creían poder hacerlo con éxito. Comenzaron, pues, en el parlamento de 1582 la lucha contra los protestantes por los obispados del Nordeste de Alemania, de la misma manera que habían luchado antes por el obispado del Noroeste; solo que esta vez procedieron de una manera

diferente de entonces, cuando solo procuraban instalar en los obispados vacantes prelados de su partido. Este proceder ya no habría dado el resultado que buscaban como cuando no se había consolidado todavía la situación, y tuvieron que valerse de otro recurso distinto del de las elecciones, como en Westfalia. Convenía conservar la apariencia de le-



El sultán Amurates III
Facsimile de un grabado de 1766, copia del cuadro de Pablo Veronés (1528-1588)

galidad conforme reclamaba la Constitución del Imperio, y en este concepto empezaron por negar á los obispos protestantes ó á sus administradores la legalidad de su posesión de los territorios, y de consiguiente tambien su situación como miembros y potentados del Imperio, diciendo que ningun jefe protestante podía representar en el parlamento los intereses de un principado eclesiástico. Si los católicos conseguían que se aceptara este modo de ver, habrían destruido una de las posiciones mas fuertes del protestantismo y excluido á muchos magnates protestantes del parlamento y de sus debates sobre asuntos del Imperio, eliminando en su consecuencia otros tantos votos contrarios á los ultramontanos.

No procedieron estos últimos á la vez contra todos los obispos protestantes; por lo pronto solo dirigieron su ataque contra uno que era el mas importante de ellos y que además ofrecía la ventaja de presentarse bajo muchos conceptos especialmente vulnerable. Este era el administrador del arzobispado de Magdeburgo, á cuya dignidad iba unido desde antiguo el título de primado alemán, y cuya situación era análoga á la de los electores eclesiásticos. Desde la segunda mitad del siglo xv los arzobispados de Magdeburgo tenían la presidencia en el consejo de los magnates del Imperio, hasta que el cardenal Alberto, el brandeburgués que unió á su dominio de Magdeburgo la dignidad de arzobispo y elec-